

precedieron en este puesto nuestro, nos orientaron por este camino; y confiamos hayan oído de la única lengua que no engaña nunca las palabras que nos cuenta San Lucas (22, 28-30): «vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas». Ellos y nosotros oigamos en nuestro día: «yo dispongo a favor vuestro, como dispuso a mi favor mi Padre, un Reino, para que comáis y bebáis a mi mesa», en la CIUDAD CATÓLICA del Cielo. Así sea.

DISCURSO DE SANTIAGO MILANS DEL BOSCH

Amigos de la CIUDAD CATÓLICA:

Un año más nos reunimos en torno a nuestro Patrón San Fernando, Rey, lo cual se viene haciendo desde hace más de veinticinco años, que a una media de dos o tres oradores por año supone alrededor de más de medio centenar de pláticas, según los casos, sobre y en torno a lo que el Santo representó y representa para nuestra querida España, a la que tanto contribuyó a forjar y sumir en el Reino de Dios en la tierra, al menos la por él dominada. Poco nuevo se puede decir. Por eso, para empezar, ahí les suelto estos pareados:

De la muerte de Enrique enjugó el llanto
 Su sucesor Fernando el Grande, el Santo;
 El que (mientras el nombre
 De Jaime de Aragón y su renombre,
 Su valor, su prudencia
 Se eterniza en Mallorca y en Valencia)
 A Baeza quitó a los africanos,
 A Córdoba y a Murcia con sus llanos;
 Y Sevilla tomada,
 Vasallo hizo al rey moro de Granada.

Ahora bien, San Fernando es para nosotros algo más que divo para una rima. Él es una guta y punto de referencia esencial y de plena actualidad, que no por muy sabida es ocioso repetir, más en estos tiempos que corren en los que los valores espirituales, religiosos y de amor a la Patria, han pasado de «estar amenazados» a ser pro-gresiva y constantemente atacados.

La elevación a los altares de San Fernando no fue la propia de la mayoría de santos y santas que profesan religiosamente; la de nuestro Patrón gira en torno a un individuo, Rey de Castilla y de León, que hizo de su vida una entrega por completo a su misión de Rey y a la empresa de la Reconquista, que para él tenía, sin duda, un auténtico significado religioso. Hoy, el gran fracaso de nuestra sociedad es, por contra, la renuncia constante a Dios que se hace en todos los órdenes de nuestra vida. Desde la propia Constitución se le ignora y a partir de ella el resto del ordenamiento jurídico positivo se ha fraguado con el más absoluto desprecio a las «cosas divinas» y a las que de valores espirituales y de orden natural existen (divorcio, aborto, enseñanza laica y materialista, eutanasia, adopción por homosexuales, etc.).

La Reconquista de la España Católica es tarea en la que hemos

de embarcarnos, como lo hizo San Fernando, sin respetos humanos que nos impidan trabajar —cada uno en su propia profesión— en pos de los ideales que representa CIUDAD CATÓLICA y, como él, ser Santos otorgando sentido espiritual a todos nuestros actos en la lucha diaria que dicha Reconquista implica.

De todos es sabido la importancia de la Familia en la sociedad. Su ataque es el desmoronamiento, como se está viendo, de la misma sociedad. La educación cristiana, en la familia, es un elemento fundamental de un camino virtuoso en la vida. San Fernando, padre de familia numerosa (trece hijos, tres de ellos fallecidos a temprana edad) tuvo en su madre, Doña Berenguela (una señora «de bigotes»), la maestra de su formación religiosa y política. De ella aprendió a rezar y a reinar cristianamente, lo que tanto bien le supuso durante la Reconquista.

Pero San Fernando, además de ser un Santo, fue también un Hombre y un Rey excepcional. Su andadura en la construcción de España es pieza fundamental, debiéndose su éxito, sin duda, además de a la ayuda del Cielo, que siempre solicitaba antes de emprender cualquier campaña (a las que acudía acompañado siempre de una imagen de Nuestra Señora), a que no perdió tiempo ni energías en peleas con los demás Reinos cristianos que conformaban la Península; antes bien, una vez acabadas las disputas con el sector nobiliario que se opuso a su Corona, dedicó todo su empeño en someter al enemigo musulmán, enemigo común a todos ellos y contra el que todos participaron, conscientes de la empresa común que les aguardaba por esencia, por historia y por destino, en armonía con las peculiaridades propias, innegables, de lo que representaba cada Reino de las Españas, que hoy se nos desgarran. Recordemos cómo las repoblaciones de las recién conquistadas Extremadura, La Mancha, parte de Andalucía y Murcia se hizo con astures, cántabros, vascongados y castellanos, en las que colaboraron destacadamente los Reinos de Portugal y Aragón y Cataluña, con Jaime I, su consuegro, con las fuerzas castellano-leonesas para atacar unidos a los musulmanes y restablecer la Religión Católica en los territorios conquistados, erigiendo obispos en las ciudades importantes y mostrando su reconocimiento al Dios de los ejércitos en los magníficos monumentos y Catedrales (las de Burgos y Toledo son buena prueba de ello) que dejó fundados su piedad. Fueron las raíces cristianas las que formaron cada Reino y las que, unidas, conformaron España, de la que, como decía Menéndez y Pelayo, fue «la filiación religiosa la que sirvió para delimitar la figura nacional y gentilicia de todo un pueblo, hecho nuevo en Occidente», antes de ser leoneses, castellanos o aragoneses.

España es inexplicable si no se atiende a esas raíces cristianas a las que me acabo de referir, de las que sus siglos de historia son su fiel reflejo. Hoy que con tanta ligereza y frialdad se habla de España y de lo español, a lo que se relega sólo como calificativo de un Estado, que no coinciden en tildar «de las autonomías, federal, confederado, de naciones, de nacionalidades, unitario», no podemos olvidar que desde que San Pablo y Santiago arribaran a las costas de nuestro litoral mediterráneo, han existido grandes hitos —definidores de estas raíces— que la hicieron —y la hicieron grande—; y todo ello bajo la Cruz de nuestro Señor.

Hitos significativos de estas raíces son los siguientes:

1. *En el año 380 el español Teodosio el Grande, Emperador romano, de acuerdo con el español San Dámaso, pontífice Romano, decretó «que es su voluntad que todos los pueblos sometidos a su cetro abracen la fe que la Iglesia romana había recibido de San Pedro, declarando a las sectas heterodoxas fuera de la ley».*
2. *El Rey Recaredo, en el 589, decretó que «Presente está aquí toda la inclita raza de los Godos, la cual, puesta de acuerdo conmigo, entra en Comunión con la Iglesia Católica, siendo recibida por ella con cariño maternal y entrañas de misericordia. Es mi deseo que así como estos pueblos han abrazado la fe por nuestros cuidados, así permanezcan firmes y constantes en la misma». Bajo el cetro de Recaredo estaba toda Hispania, de Cataluña a Galicia, de Vascongadas a Andalucía, de Portugal a Levante.*
3. *San Fernando, Rey, nuestro Patrón.*
4. *La grandiosa Isabel la Católica, que dejó grabado en su testamento: «Por cuanto al tiempo que nos fueron concedidos por la santa Sede Apostólica las Islas y Tierra Firme del mar Océano, descubiertas y por descubrir, nuestra principal intención fue, al tiempo que lo suplicamos al Papa Alejandro VI, de buena memoria, que nos hizo la concesión, de procurar inducir y traer los pueblos de ellas a nuestra Santa Fe Católica y enviar preladados y religiosos y clérigos y otras personas doctas y temerosas de Dios les enseñar e doctrinar buenas costumbres» ordenando a sus herederos el cumplimiento de la continuidad evangelizadora que considera como su principal última voluntad.*
5. *Felipe II, respecto del que el 9 de octubre de 1598, en el consistorio de los Cardenales, el Papa Clemente VIII comunicaba su muerte diciendo «que por defender la fe católica, no solamente en España y en sus Estados, sino en otros reinos, que no eran suyos, empeñó todo su patrimonio real, con grandísimo daño de sus bienes y rentas; y que toda su vida fue una continua pelea contra los encmigos de la fe y de la Iglesia Romana, desde el día en que comenzó a reinar hasta el punto en que murió».*
6. *La Cruzada de 1936, con sus héroes y mártires, así como la legislación del nuevo Estado, que con sus errores o aciertos, supuso un acrecentamiento espiritual y material de España, ya desde el mismo Fuero del Trabajo, cuyo preámbulo empezaba así: «Renovando la tradición católica, de justicia social y alto sentido humano que informó nuestra legislación del Imperio...»; y continuando con el Fuero de los Españoles, en donde se recogía que «La profesión y práctica de la religión Católica, que es la del Estado Español, gozará de protección oficial».*

Frente a estos hitos, hoy nuestra Patria, en todos los sentidos, se resquebraja porque los dirigentes y la sociedad se apartan y olvidan de los pilares católicos que la sostienen. Urge, pues, la recuperación para Cristo de la España que desde siglos se ha ido haciendo y que en San

Fernando tuvo un baluarte importante. Y urge hacerlo antes de que, apóstata de su fe y su pasado, en suma, de sus raíces cristianas, se diluya por mor de los políticos y las ideas revolucionarias que inspiran los gobiernos que con mayor o menor gusto soportamos.

Para ello, con San Fernando, es precisa la acción; y que ésta sea eficaz, para lo que se necesita primeramente saber lo que queremos a través de la formación, pero sin quedarse sólo en ello, pues sin negar que ésta es la base de aquélla, todo puede quedar estéril si no se actúa a todos los niveles a través de la participación en grupos, asociaciones o partidos auténticamente católicos, con programas definidos, dirigidos para conquistar el Estado y edificar la CIUDAD en la que triunfe la Verdad; por tanto, es obligada la coordinación en esta lucha, que fue la clave del éxito que tuvo el Santo que conmemoramos.

¿Cuál es el panorama español hoy? Lamentable. Porque lamentable es ver cómo los católicos se hallan acobardados sino desperdigados, sin agruparse —excepto honrosas ocasiones, como la presente en torno a VERBO— en asociaciones o grupos auténticamente católicos, fieles a la ortodoxia, o se hallan militando o colaborando con los «menos malos», aceptando, con ellos, posturas, situaciones y doctrinas profundamente anticatólicas, lo que impide avanzar en la lucha del enemigo de nuestros días, que no sólo es nuevamente real como el de San Fernando, sino, sobre todo, el enemigo interior, el «lobo con piel de oveja» que vive entre nosotros, al que a veces hasta desconocemos o con quien «coqueteamos» simplemente porque se dicen «anticomunistas» o «defensores del orden y de las libertades», «cristianos (con religión a la carta)» que nos importan las ideas revolucionarias del internacionalismo liberal, europeo, americano o coreano, en suma, el mundialismo.

Y es que no se puede olvidar que el mundo no está dividido en fascistas y antifascistas, comunistas o anticomunistas, conservadores y progresistas. El mundo está dividido entre los que siguen la bandera de Cristo y los que siguen la bandera de Satanás (en las diversas formas que él y sus huestes se presentan). Aquí radica la actualidad del mensaje que extraemos de San Fernando.

Por eso hemos de resistirnos a ser simples testigos de cuanto acontece; la comodidad materialista «que no es incompatible con ir a misa» —como nos recordaba Jean Ousset—, en suma, la pasividad nos hace muchas veces —y hay que decirlo con toda rotundidad— culpables a título de «comisión por omisión». Contra la clase política imperante levantamos, hoy día de San Fernando, nuestro Patrón, nuestra voz en defensa de la Santa Madre Iglesia y de los sacramentos derechos de la Sociedad cristiana en el Orbe y lo hacemos en la atmósfera que nos rodea, cargada de ideas revolucionarias, pero convencidos de su triunfo final.

Y aquí es donde interviene la CIUDAD CATÓLICA, que tomando como referencia la moral política y social derivada del Evangelio y hecha explícita por el Magisterio de la Iglesia, asume la misión de planificar y edificar la Ciudad o, mejor dicho, de «reconstruirla no de modo distinto a como Dios —punto obligado de referencia— la ha edificado» —como nos indicó San Pío X—. No se trata más que de instaurarla y restaurarla sin cesar sobre sus fundamentos naturales y divinos y nombrando para su mantenimiento corregidores y gobernantes católicos.

¿Dónde se ubicará la CIUDAD CATÓLICA? ¿Dónde está hoy?, ¿aquí?, ¿allí? No. La CIUDAD CATÓLICA somos todos nosotros en la perseverancia de estos principios y objetivos expuestos. La CIUDAD CATÓLICA no ocupa

lugar. Está en el corazón y en la acción de todos los hombres y mujeres que, mirando hacia el futuro, mirando hacia el pasado, mirando hacia el presente, con el corazón puesto en Cristo Jesús y en María, Madre de Dios y Madre nuestra, cuya protección por intercesión de San Fernando, que reinó sabiendo que tenía un Rey Superior, solicitamos.

DISCURSO DE ARMANDO MARCHANTE GIL

Sras., Sres., estimados AMIGOS DE LA CIUDAD CATÓLICA:

Francisco José Fernández de la Cigüeña acaba de dar a la luz un importante libro continuador de una serie —que deseamos vivamente llegue hasta nuestros días— titulada «El liberalismo y la Iglesia española. Historia de una persecución». La amplia y documentadísima obra contiene muchos y muy interesantes datos relativos a las Cortes de Cádiz, especialmente en lo concerniente a la persecución, entonces iniciada y que se prolonga hasta nuestros días, en particular contra la Iglesia Católica como institución, y contra el catolicismo en general como transmisor de un mensaje divino que sus perseguidores rechazan.

Me ha llamado mucho la atención una noticia que, tomada de la primera carta de «El Filósofo Rancio» —seudónimo del dominico P. Alvarado—, reproduce dicho libro. Es el caso que la Regencia publicó en 1810 una proclama con ocasión del día de San Fernando en la que, ni por asomo, se aludía para nada a Dios y a la Religión católica. El P. Alvarado se pregunta «¿Cómo puede hablarse de San Fernando sin hacerse mención del Dios de quien San Fernando nunca se olvidaba ni de la religión que inspiraba sus expediciones y a quien el santo consagraba sus victorias?».

Claro es que el mismo autor de la pregunta encuentra la respuesta al estimar que el desconocido autor de la proclama era el mismísimo Manuel José Quintana, constituido en lo que ahora llamaríamos jefe de relaciones públicas o portavoz de la Regencia, puesto el menos adecuado para un personaje tan sectario como lo era Quintana. De todas formas, podemos apreciar que ya entonces, la ocupación de puestos de influencia era un arte bien conocido por los enemigos de la religión y que también lo era tender una cortina de silencio o de tergiversación sobre los personajes que no eran de su agrado, aunque se tratase de un rey tan egregio como Fernando III el Santo. Nuestros progresistas de hoy y sus manejos vienen de muy atrás y tienen una escuela de siglos. Siempre los hijos de las tinieblas han sido más astutos que los hijos de la luz.

No silenciaremos nosotros ni a Dios ni nuestra Religión ni a nuestro Santo Patrono cuya ayuda e intercesión necesitamos más que nunca. A él pido que nos tenga presentes desde la Gloria que goza. Su vida terrenal fue reflejo de cuanto había anunciado el salmista.

«En tu poder, ¡oh Señor!, se goza el rey
¡Cuán jubiloso está de tu socorro!

.....
¡Por tu protección es grande su gloria
le has revestido de esplendor y magnificencia»

Salmos 21, 2 y 6